

3-2005

El tiempo de la Formación Permanente

Corpus J. Delgado C.M.

Follow this and additional works at: <https://via.library.depaul.edu/vincentiana>



Part of the [Catholic Studies Commons](#), [Comparative Methodologies and Theories Commons](#), [History of Christianity Commons](#), [Liturgy and Worship Commons](#), and the [Religious Thought, Theology and Philosophy of Religion Commons](#)

Recommended Citation

Delgado, Corpus J. C.M. (2005) "El tiempo de la Formación Permanente," *Vincentiana*: Vol. 49 : No. 2 , Article 33.

Available at: <https://via.library.depaul.edu/vincentiana/vol49/iss2/33>

This Article is brought to you for free and open access by the Vincentian Journals and Publications at Via Sapientiae. It has been accepted for inclusion in Vincentiana by an authorized editor of Via Sapientiae. For more information, please contact digitalservices@depaul.edu.

El tiempo de la Formación Permanente

por Corpus J. Delgado, C.M.
Provincia de Zaragoza

La Instrucción *Caminar desde Cristo* (2002) plantea la Formación Permanente como camino que dura toda la vida y que guarda relación con el tiempo en sus diversos ritmos (diario, semanal, mensual, anual)¹.

A la luz de este planteamiento, deseo reflexionar sobre el tiempo de la Formación Permanente desde dos perspectivas complementarias:

- a) La Formación Permanente a lo largo de todo el tiempo de la vida.
- b) La Formación Permanente en relación con el ritmo temporal de la vida.

1. El tiempo de la Formación Permanente es el tiempo de la Vida: toda la vida, en todas sus etapas y fases

Las Constituciones de la Congregación de la Misión, que definen la formación como un *proceso continuo*, afirman que *la formación de los nuestros ha de prolongarse y renovarse todo el tiempo de la vida*².

La instrucción *Caminar desde Cristo* apunta la **motivación** por la que la Formación Permanente ha de abarcar **todo el tiempo de la vida**. *“Si, en efecto, la vida consagrada es en sí misma una progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo, parece evidente que tal*

¹ CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDAD DE VIDA APOSTÓLICA, *Instrucción “Caminar desde Cristo”*, Roma 2002, n. 15.

² C. 81. Cf. C. 77: *“Nuestra formación, en proceso continuo, debe proponerse como fin que los misioneros, animados por el espíritu de San Vicente, lleguen a ser capaces de cumplir la misión de la Congregación. Por tanto, aprendan cada día mejor que Jesucristo es el centro de nuestra vida y la regla de la Congregación”*. También las Constituciones de las Hijas de la Caridad hablan de la formación como recorrido de toda la vida (C. 52a) y aseguran que *las Hermanas están convencidas de la necesidad de una formación continua* (C. 58).

camino no podrá durar sino toda la vida, para comprometer toda la persona, corazón, mente y fuerzas (cf. Mt 22,37), y hacerla semejante al Hijo que se dona al Padre por la humanidad"³.

Otros documentos de la Iglesia han insistido también en la **duración por todo el tiempo de la vida** de la Formación Permanente. Así la exhortación *Vita Consecrata*: "*Ninguna fase de la vida puede considerarse tan segura y fervorosa como para excluir toda oportunidad de ser asistida y poder, de este modo, tener mayores garantías de perseverancia en la fidelidad, ni existe edad alguna en la que se pueda dar por concluida la completa madurez de la persona*"⁴. Y, refiriéndose específicamente a la Formación Permanente de los sacerdotes, la exhortación *Pastores Dabo Vobis*: "*La formación permanente, precisamente porque es permanente, debe acompañar a los sacerdotes siempre, esto es, en cualquier periodo y situación de su vida*"⁵.

Proceso que abarca todo el tiempo de la vida, la Formación Permanente reviste características propias **en cada una de las etapas de la vida**.

1.1. La Formación Permanente en los primeros años de Vocación

Podemos establecer que, en la Congregación de la Misión, la Formación Inicial culmina aproximadamente con la incorporación del misionero a una comunidad local distinta a la del Seminario o Estudiantado. Los Hermanos han realizado los Votos y su formación específica y los Sacerdotes han culminado los estudios eclesiásticos. Todos, Hermanos y Sacerdotes, comienzan a prestar diversos servicios en una comunidad local.

Estos primeros años de Vocación, vividos plenamente insertos en una comunidad local, pueden ser los más adecuados para que los Misioneros (Hermanos o Sacerdotes) realicen **estudios de especialización** profesional, pastoral, teológica, espiritual, vicenciana... Estos estudios parten de la voluntad compartida por el Misionero y por la Congregación de obtener una preparación específica para los ministerios y para el más eficaz servicio a la Misión en seguimiento de Cristo Evangelizador de los pobres.

La Formación Permanente en los primeros años de Vocación ha de plantearse desde una decisión del Visitador con su Consejo, en diálogo con el Misionero, que valore:

³ Caminar desde Cristo, 15.

⁴ JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica postsinodal Vita Consecrata*, Roma 1996. VC 69.

⁵ JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica postsinodal Pastores Dabo Vobis*, Roma 1992. PDV 76.

- La elección de la comunidad local donde el Misionero estará inserto. No puede ser criterio únicamente la situación geográfica de la comunidad que facilita el acceso a los centros de estudios. Mucho más importante será la **calidad de la comunidad**: humana, pastoral, espiritual y vocacional vicenciana.
- El adecuado **acompañamiento personal** del Misionero, sea por el superior de la comunidad, sea por otro Misionero de la misma comunidad o de la Provincia o de la Congregación, con quien pueda encontrarse regularmente en diálogo de fe y reflexión espiritual y apostólica.
- Los estudios más adecuados **para cada Misionero**, teniendo en cuenta sus propias aptitudes, las prioridades pastorales de la Provincia, las necesidades más urgentes de los pobres y las nuevas formas de pobreza.

La Formación Permanente en los primeros años de Vocación ha de incluir, además, **encuentros periódicos** de los Misioneros que se encuentran en la misma etapa. Para ello, es necesario consolidar **una cierta organización**, a nivel provincial o interprovincial: equipo responsable junto con el Visitador; plan y programas; apoyos y recursos propios o externos...

En estos encuentros los Misioneros (me resisto a decir *jóvenes*, dado que la edad cronológica no coincidirá siempre con la realidad de la etapa) podrán brindarse una ayuda mutua imprescindible, compartiendo experiencias y reflexiones, animándose recíprocamente a vivir en fidelidad creativa el ideal que abrazaron en el Seminario, y hasta disfrutando de la distensión y el esparcimiento amistoso.

La escena evangélica del envío de los discípulos de dos en dos (Lc 10,1) puede arrojar luz sobre el sentido de la Formación Permanente de esta etapa de la vida: los discípulos parten con ilusión y entrega a anunciar la Buena Nueva y viven intensamente el sentido de la Misión y el gusto de la comunión con el Señor y la necesidad de encontrarse con Él para compartir el fruto de su labor.

1.2. La Formación Permanente en la crisis del “realismo”

No es fácil establecer la separación neta entre la anterior etapa y ésta, que identificamos con ‘*la crisis del realismo*’. Podríamos decir que la Formación Permanente en los primeros años de Vocación puede extenderse durante los seis, ocho, diez o doce años de Vocación y que se prolonga más o menos según los lugares y las personas, dándose por concluida cuando el Misionero asume responsabilidades en la comunidad o en el ministerio (es nombrado superior, por

ejemplo, o director...). Aunque los límites entre una etapa y otra, más que cronológicos, son existenciales.

Esta nueva etapa de la vida del Misionero, que puede extenderse desde aproximadamente los diez años de Vocación hasta la edad madura, es la etapa en la que se van asumiendo tareas cada vez de mayor responsabilidad. Los destinos van sucediéndose y los trabajos se extienden en magnitud y complejidad.

En el Misionero puede aparecer la tentación de la **desilusión** y el riesgo de la **rutina** al enfrentarse, ya con el desencanto comunitario y pastoral provocado por el choque con la 'realidad', ya con la monotonía de hacer cada día lo mismo sin vislumbrar cambios significativos de respuesta. La escasez de los resultados y el enfrentamiento a la 'cruda realidad' propician una cierta astenia y desmotivación.

La Formación Permanente en esta etapa ha de cuidar que el Misionero:

- Aprenda a **buscar lo esencial** de su Vocación y Misión, al Único necesario: Cristo Evangelizador de los pobres, que le ha llamado y convocado para prolongar su Misión en la comunión de la fraternidad.
- Cultive la **unidad de vida**, de modo que ministerios, unión con Cristo y vida fraterna se alimenten y sostengan mutuamente.
- Revise su **opción originaria** y su inspiración vocacional vicenciana para vivir la totalidad y radicalidad de la entrega sin detenerse tanto en los resultados.
- Recupere el gusto por el **trato con** quien es Regla de su vida, **Cristo**, Regla de la Misión.
- Desarrolle el adecuado **equilibrio** entre oración, compromiso, fraternidad, descanso, amistad, trabajo, soledad...

Para la Formación Permanente propia de esta etapa, la Provincia o la Congregación podrán ofrecer **encuentros por ministerios o responsabilidades** (por ejemplo, para los misioneros que trabajan como asesores de grupos de laicos, o en formación, o en parroquias...; para los superiores de las comunidades, para los administradores...). Además de los contenidos elegidos para cada encuentro, habrá que cuidar el clima, la experiencia de conjunto, de modo que resulten ante todo oportunidad para cultivar esa búsqueda de lo esencial tan necesaria en este momento de la vida del Misionero y para recuperar el gusto por el silencio, la reflexión y el estudio y centrarse en Cristo, como eligiéndolo de nuevo.

El apoyo de la comunidad local, la cercanía del Visitador y la puesta en acción de los medios necesarios de formación serán igualmente decisivos.

La respuesta de Pedro a Jesús: “Señor, ¿a quién iremos? Sólo Tú tienes palabras de Vida y nosotros nos hemos fiado de Ti” (Jn 6,68), puede servir de experiencia motivadora para vivir esta etapa de la Formación Permanente.

1.3. La Formación Permanente en la edad madura

Tampoco para esta etapa de la Formación Permanente aparecen nítidos los límites de edad. La situación existencial del Misionero se caracteriza por vivir con una gran actividad, incluso con un **verdadero protagonismo** comunitario, social o eclesial, es la época de las grandes realizaciones apostólicas. Esta etapa puede prolongarse de acuerdo a las circunstancias personales, culturales y ambientales. Puede también interrumpirse bruscamente por razón de la enfermedad no esperada.

La exhortación *Pastores Dabo Vobis* señala los peligros que puede experimentar el sacerdote en esta etapa: “Puede verse tentado de presumir de sí mismo como si la propia experiencia personal, ya demostrada, no tuviese que ser contrastada con nada ni con nadie. Frecuentemente el sacerdote sufre una especie de cansancio interior peligroso, fruto de dificultades y fracasos”⁶.

La exhortación *Vita Consecrata*, por su parte, apunta todavía otros riesgos que pueden aparecer en esta etapa: “Puede presentarse el peligro de un cierto individualismo, acompañado a veces del temor de no estar adecuados a los tiempos, o de fenómenos de rigidez, de cerrazón, o de relajación”⁷.

La presunción de no necesitar formación porque ya lo ha vivido y conocido todo, la tentación del individualismo, la rigidez o la relajación, pueden propiciar pequeños o grandes compromisos afectivos y desencadenar situaciones de acomodación y hasta de ‘doble vida’.

La Formación Permanente que corresponde a esta etapa de la vida del Misionero deberá cuidar:

- La revisión sincera y ecuánime de sí mismo y de la actividad que desarrolla.
- La búsqueda constante de motivaciones y medios adecuados a la Misión que le ha sido encomendada.
- La disponibilidad para responder a las nuevas llamadas de los pobres.

⁶ PDV 77.

⁷ VC 70.

- El cultivo de una actitud positiva y favorable a la Formación Permanente y a los medios que la comunidad, la Congregación y la Iglesia le brindan.
- La purificación de aquellos rasgos de la personalidad que le alejan del ideal vocacional vicenciano.
- La recuperación del tono espiritual y misionero sin concesiones al aburguesamiento o a la relajación.
- La experiencia gozosa de la participación creadora con Cristo en el trabajo por hacer que los pobres pasen de condiciones menos humanas a condiciones más humanas.

Para lograrlo, resultará conveniente que cada Misionero tenga la oportunidad de **disponer de varios meses o de un año consecutivo** en que, interrumpido su trabajo habitual, pueda contemplar desde la distancia su vida, realizar los oportunos reajustes, actualizar su respuesta vocacional y disponerse a asumir el resto de su existencia como serena y purificada participación en la Misión de Cristo.

La pregunta de Jesús a Pedro, hasta por tres veces, “*Simón, hijo de Juan, ¿me amas?*” (Jn 21,16) es la pregunta a la que, despojado de toda ambigüedad, podrá responder el Misionero que ha alcanzado la gracia de la Formación Permanente propia de esta etapa.

1.4. La Formación Permanente en la ancianidad y en la enfermedad

No a todos los misioneros les alcanza la enfermedad a la misma edad. Hay misioneros que han cumplido más de setenta u ochenta años y continúan con fuerzas comprometidos en el trabajo. Otros misioneros tienen que abandonar la participación directa en la acción misionera mucho antes. Y todos nos hemos de disponer al encuentro definitivo con el Padre.

Estas diversas situaciones en las que puede encontrarse el Misionero son también etapas de su Formación Permanente.

“El progresivo alejamiento de la actividad, la enfermedad en algunos casos o la inactividad forzosa, son una experiencia que puede ser altamente formativa. Aunque sea un momento frecuentemente doloroso, ofrece sin embargo a la persona consagrada la oportunidad de dejarse plasmar por la experiencia pascual, conformándose a Cristo crucificado que cumple en todo la voluntad del Padre y se abandona a sus manos”⁸.

La Formación Permanente del Misionero en esta etapa ha de cuidar:

⁸ VC 70.

- La participación, en la medida de sus posibilidades, en la Misión de la comunidad y de la Provincia.
- La animación de la comunidad desde la serenidad, la experiencia de vida y la visión de fe.
- El cultivo de la convicción de ser partícipe de la Misión de la Congregación y de la Iglesia.
- El desarrollo de las cualidades del diálogo, encuentro personal y acogida en el seno de la comunidad y para con todos los que se acercan a ella.
- El apoyo profesional adaptado a las diversas situaciones.

“Cuando seas viejo, extenderás las manos y otro te ceñirá la túnica y te llevará a donde no quieras” (Jn 21,18). Este anuncio de Jesús a Pedro puede ayudar al Misionero a entrar en las disposiciones de la Formación Permanente propias de esta etapa.

1.5. La Formación Permanente en las diferentes fases de la persona

Al referirnos a la Formación Permanente en cada una de las etapas de la vida, hemos precisado que no resulta fácil concretar cronológicamente su duración. Más allá de las etapas de la vida, la persona, la persona concreta que es el Misionero, puede pasar por situaciones críticas debidas a factores externos (un destino, cambio de servicio, incompreensión...) o personales (enfermedad, crisis de fe, tentaciones, problemas de relación).

Son fases que vive la persona y que obligan a replantear la Formación Permanente.

La cercanía del superior o del Visitador; la calidad de la comunión fraterna; la ayuda de expertos y profesionales; el acompañamiento personalizado... He ahí medios que harán de la crisis oportunidad de crecimiento y maduración, verdadera ocasión de Formación Permanente. *“La prueba misma se revelará como un instrumento providencial de formación en las manos del Padre”*⁹.

Y no sólo la crisis y la prueba, también las fases de euforia y optimismo, de reconocimiento y de triunfo, vividas e interpretadas desde el seguimiento de Cristo, serán otras tantas oportunidades para centrar nuestra vida y dinamizar la fidelidad de nuestra respuesta.

Y es que la Formación Permanente no puede entenderse como un Curso o un conjunto de encuentros en determinados momentos de la vida, sino como la **disposición permanente** a ir configurándonos con Cristo y adquiriendo sus mismas actitudes y disposiciones,

⁹ VC 70.

cometido que no puede sino durar **toda la vida**. En acertada expresión de Vicente de Paúl: *“Acuérdese, padre, de que vivimos en Jesucristo por la muerte en Jesucristo, y que nuestra vida tiene que estar oculta en Jesucristo y llena de Jesucristo, y que, para morir como Jesucristo, hay que vivir como Jesucristo”*¹⁰.

2. El tiempo de la Formación Permanente y sus ritmos: cada día, cada semana, cada mes, cada año

Con rasgos específicos en cada una de las etapas de la vida, la Formación Permanente abarca todo el tiempo de la vida, como acabamos de ver. Pero no sólo abarca toda la vida, sino que la Formación Permanente ha de adoptar **el mismo ritmo de la vida**: los días, las semanas, los meses, el año¹¹.

Es la Instrucción *Caminar desde Cristo* la que nos sugiere esta perspectiva: *“Las personas en formación continua se apropian del tiempo, no lo padecen, lo acogen como don y entran con sabiduría en los varios ritmos (diario, semanal, mensual, anual) de la vida misma, buscando la sintonía entre ellos y el ritmo fijado por Dios inmutable y eterno, que señala los días, los siglos y el tiempo. De modo particular, la persona consagrada aprende a dejarse modelar por el año litúrgico, en cuya escuela revive gradualmente en sí los misterios de la vida del Hijo de Dios con sus mismos sentimientos, para caminar desde Cristo y desde su Pascua de muerte y resurrección todos los días de su vida”*¹².

Lograr que cada día, cada semana, cada mes, cada año... nuestra persona vaya conformándose con Jesucristo, configurándose con Él, es la meta de este proceso.

¿Qué pasos podemos dar para alcanzar también nosotros esta identificación con Cristo? ¿Cómo vivir el ritmo de nuestro tiempo para que sea tiempo de Formación Permanente, de creciente configuración con Jesucristo?

2.1. El ritmo diario de la Formación Permanente

Cada día el Misionero hace oración, se reúne con la comunidad en diversos momentos, se esfuerza por realizar unos servicios, acoger a las personas. Cada uno de estos gestos puede vivirse de forma rutinaria o como respuesta a la llamada del Señor; y, por tanto, puede resultar carga pesada de cada día o **experiencia de crecimiento** en

¹⁰ SVP I, 320.

¹¹ Para desarrollar este planteamiento me he servido de: A. CENCINI, *La formación permanente*, San Pablo, Madrid 2002.

¹² *Caminar desde Cristo*, 15.

el seguimiento de Jesucristo Evangelizador de los pobres. Es la gracia de todos los días, oculta en lo cotidiano, que transforma cada circunstancia del día en tiempo de Formación Permanente.

Cada día el Misionero ha de saber aplicar la **disciplina** del equilibrio entre descanso y trabajo; oración, fraternidad y misión. La fidelidad a esta disciplina garantiza una vida saludable que hace posible el crecimiento. Por el contrario, los desajustes y la pérdida de este equilibrio ocasionan, más pronto que tarde, dificultades serias para hacer de la propia vida espacio y tiempo de crecimiento en Cristo.

2.2. El ritmo semanal de la Formación Permanente

Cada semana el Misionero ha de reservar **un día** para la fiesta, el domingo o (si el ministerio así lo requiere) algún otro día de la semana. Las páginas de la Biblia son explícitas en reclamar un día a la semana para el Señor, para el descanso, para la caridad...

El Misionero manifestará así que el Señor es más importante que su trabajo y dispondrá del tiempo necesario para el reposo, para la lectura, para la relación interpersonal, para la oración más calmada, para la celebración más intensa, para la paz que hace fecundo su ministerio y creativo su amor fraterno.

2.3. El ritmo mensual de la Formación Permanente

La tradición vicenciana cuenta con un medio que ha dado y puede seguir dando muchos frutos en el proceso de configuración con Jesucristo: el **retiro mensual**.

El retiro mensual ofrece al Misionero la oportunidad de recoger su vida, tomar distancia de las actividades cotidianas y revisar (volver a ver) cada mes su existencia desde el Señor. Es también ocasión de poner orden exterior e interior, de vivir desde dentro, de recuperar el tono espiritual y vocacional.

Si se realiza con la comunidad, el retiro mensual posibilita además el reconocimiento de las dificultades vividas, la sanación, la reconciliación y la animación comunitaria.

2.4. El ritmo anual de la Formación Permanente

Al contemplar y celebrar los misterios de Cristo, desde la Pascua y hacia la Pascua, el Misionero saborea su Vocación y Misión. Dejándose formar por el ritmo del **año litúrgico**, va penetrando en la persona de Cristo, dejándose interpelar por Él, que le sale al encuentro a través de su Palabra y que le invita a crecer 'de edad en edad'.

Los **Ejercicios Espirituales**, que *haremos fielmente una vez al año*¹³, nos sitúan en un clima de verdad y nos ayudan a concretar el Proyecto de Vida para el año; Proyecto que será instrumento de crecimiento en Cristo y de Formación Permanente.

La contemplación de **María a lo largo del año**, sobre todo en sus fiestas¹⁴, pondrá delante de nuestros ojos a quien *“comprendió con más profundidad que todos los creyentes las enseñanzas evangélicas y las hizo realidad en su vida”*¹⁵.

2.5. El ritmo sostenido de la Formación Permanente

La Formación Permanente no consiste en el esfuerzo extraordinario realizado en unos días intensivos de actualización o en el ejercicio heroico de horas arrebatadas al descanso o en la escapada acelerada de unas jornadas anuales. La Formación Permanente se asemeja más a la ‘carrera de fondo’ donde importa mantener el paso y no cejar en el ritmo sostenido.

Vicente de Paúl, a partir de su propia experiencia, nos ofrece la clave para que el ritmo de nuestra Formación Permanente tenga el mismo ritmo de nuestra vida y para que nuestra identificación con Jesucristo sea **un proceso con ritmo sostenido**. *“Nuestro Señor Jesucristo es el modelo verdadero y el gran cuadro invisible con el que hemos de conformar todas nuestras acciones”*¹⁶. Y sugiere el medio para conseguirlo: *“Otra cosa en la que debe poner una atención especial es sentirse siempre dependiente de la conducta del Hijo de Dios; o sea, que cuando tenga que actuar, haga esta reflexión: ‘¿Es esto conforme con las máximas del Hijo de Dios?’. Si así lo cree, diga: ‘Entonces, bien, digámoslo’; por el contrario, si no lo es, diga: ‘No lo haré’... Además, cuando se trate de hacer alguna buena obra, dígame al Hijo de Dios: ‘Señor, si tú estuvieras en mi lugar, ¿qué harías en esta ocasión?, ¿cómo instruirías a este pueblo?, ¿cómo consolarías a este enfermo de espíritu o de cuerpo?’”*.

La mística vicenciana de la contemplación en la acción es seguramente el fruto más colmado de este ritmo sostenido de la Formación Permanente.

¹³ C. 47, 2.

¹⁴ Cf. C. 49.

¹⁵ C. 49, 1.

¹⁶ Repetición de la oración del 1 de agosto de 1655. SVP XI, 129. Cf. también XI, 52-53.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., *Formar hoy para la vida religiosa*, Claretianas, Madrid 1991.
- A. CENCINI, *La formación permanente*, San Pablo, Madrid 2002.
- G. FERRARI, *Religiosos y formación permanente: el crecimiento humano y espiritual en la edad adulta*, Claretianas, Madrid 2000.
- J. GARRIDO, *Proceso humano y gracia de Dios*, Sal Térrea, Santander 2000.
- B. GOYA, *Formación integral a la vida consagrada*, San Pablo, Madrid 1998.
- C. PALMÉS, *Las cinco llagas de la formación y su curación*, Claret, Barcelona 1999.
- X. QUINZÁ, *Modular deseos, vertebrar sujetos. Pensar la formación para la vida consagrada*, San Pablo, Madrid 2005.